

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

LOS DIAS

DE

ALFONSO REYES

Por Mario PUGA

EN la planta alta de la gran estancia que aloja la biblioteca —más de cuarenta mil volúmenes—, el amplio escritorio, detrás del cual don Alfonso Reyes se ocupa, desde las primeras horas de la mañana, en diversos manuscritos. Nos recibe con sonrisa generosa. Su proverbial amabilidad triunfa aun ahora que su salud no es perfecta, aun ahora que interrumpimos su labor.

Don Alfonso Reyes nació en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889, hijo del general don Bernardo Reyes y de doña Aurelia Ochoa de Reyes. Perteneció a una de las más antiguas estirpes de Guadalajara, ciudad ésta que, como Monterrey, comparte el afecto y los recuerdos de don Alfonso.

Las "Obras Completas."

Sobre el escritorio se abren diversos ejemplares de sus primeras publicaciones en prosa. El maestro satisface nuestra curiosidad: —En estos días dedico más atención a la tarea de preparar mis *Obras Completas*, que el Fondo de Cultura Económica editará por motivo de mis cincuenta años de ejercicio literario. Es un acto que me llena de gratitud.

Don Alfonso nos indica los anaqueles que, a su espalda, ocupan los libros que ha publicado en su fecunda vida. Una veintena de títulos en verso, no menos de 120 títulos en prosa, además de un buen número de documentos y relaciones que forman parte de su archivo particular. Su obra de crítico e historiador de la literatura mexicana, de exégeta e investigador de la cultura griega y de la literatura española, y sus observaciones sobre la literatura contemporánea, forman el sector más importante, con no menos de setenta títulos. Su obra de creación novelística es menos abundante, pero tan valiosa como la primera por la originalidad del ingenio y la elegancia del estilo. Por último, los prólogos y los comentarios a ediciones de clásicos, ocupan un espacio considerable. Tal es su imponente labor.

—La revisión de las primeras ediciones, para las *Obras Completas*, es cuidadosa pero no exagerada, nos dice. Respeto mis ideas de juventud. Me detengo sólo en la corrección del lenguaje. Respeto mi pensamiento y aun el modo peculiar de expresarme entonces, en cuanto no hieran a la gramática.

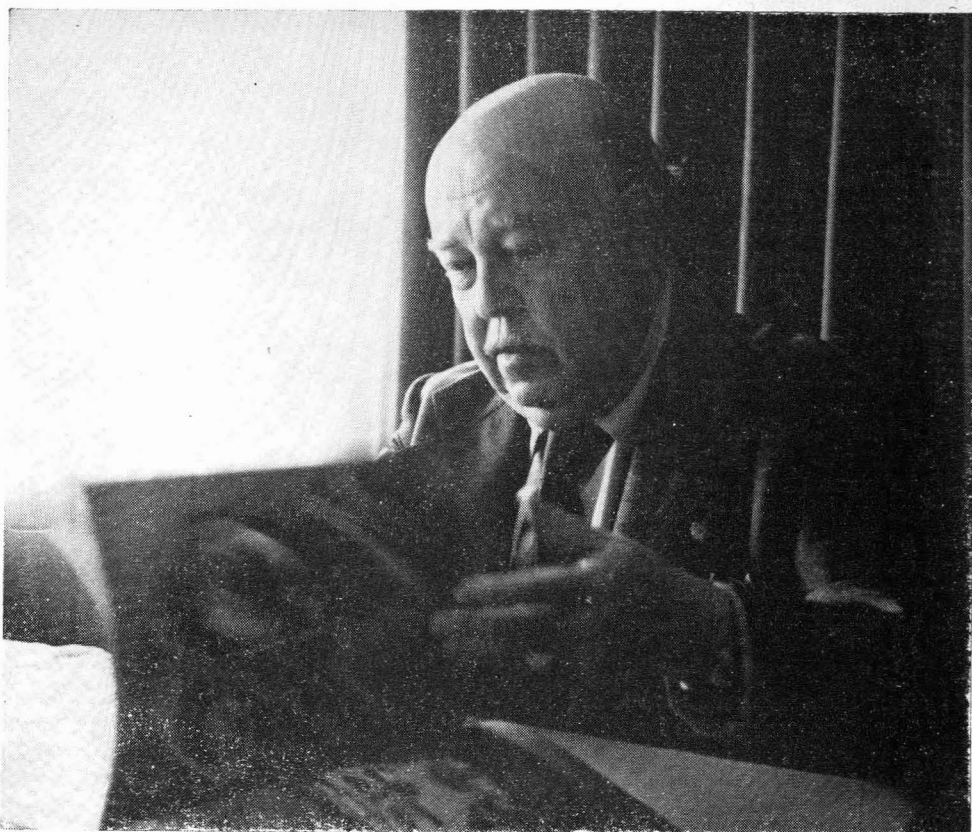
Le recordamos que en *Historia Documental de mis Libros* se encuentran con alguna frecuencia anécdotas personales, pasajes de su vida. ¿Este hecho no invade el campo de sus memorias personales que inició con *Parentalia*?

—En cierta medida. Pero esas anécdotas son, en todo caso, externas al asunto de las memorias personales. Aquí, naturalmente, sigo el desarrollo cabal de mi vida y no sólo la crónica de mis libros. A *Parentalia* seguirá *Enseña de Occidente* que relata pasajes de la vida de mi padre en la región occidental del país; su vida militar; después vendrá *Crónica de Monterrey*, en que al fin vengo yo al mundo. La historia continúa con *La toga pretexta*, correspondiente a mi vida en la Preparatoria y en la Universidad, hasta mi graduación de abogado, en julio de 1913. Por

busco condiciones especiales de tiempo o de lugar. Para escribir todo momento es bueno. Un pequeño descanso entre las tareas de estudiante o diplomático, fué siempre aprovechado. Mis libros nacieron entre tareas oficiales, entre menesteres de vida social, entre las obligaciones de todo orden que hacen el tejido de la vida. Mi tiempo es, en cierto sentido evidente, más extenso, de más cabida, que el tiempo de quienes esperan el toque de la inspiración en el momento adecuado.

Servicio a México.

Don Alfonso Reyes sirvió a México en el cuerpo diplomático desde 1913 hasta 1938, salvo un paréntesis de los años 1915 a 1919. Alcanzó el rango de embajador y mereció misiones especiales con facultades plenipotenciarias en España, Francia, Argentina y Brasil. En todas partes labró amistades profundas con es-



...respeto mis ideas de juventud...

último, vendrán los años de ejercicio diplomático y literario y lo demás.

Trabajo a toda hora.

Paseamos la vista por los atestados anaqueles de la biblioteca. Aquí y allá retratos de don Alfonso por José Moreno Villa, gran poeta, gran español recién desaparecido; por el genio japonés Fugita, por Roberto Montenegro y otros. Dos amplios paneles de vidrio contienen la hermosa colección de mariposas que formó don Alfonso en Petrópolis, estación de montaña en la vecindad de Río de Janeiro. Millares de volúmenes ordenados. Es trabajo sistemático atendido por su esposa, doña Manuela M. de Reyes. La clasificación es mixta, geográfica, y por materias y autores. Todo está, así, a la mano de la erudita consulta del maestro.

En estas tareas el tiempo fuga veloz.

—Desde mis años del bachillerato, trabajo asidua, metódicamente. No es otro el secreto. El trabajo explica mi obra. No

críticos y artistas, se incorporó a la vida cultural, colaboró en revistas, dictó conferencias y publicó libros.

Don Alfonso mereció la gratitud y el reconocimiento de los gobiernos ante los cuales fué acreditado. Recibió, entre otras, las condecoraciones de la Orden de Isabel la Católica, de España, en el grado de Gran Cruz; de Comendador de la Legión de Honor francesa; Gran Cruz de la orden de Cruzeiro do Sul, de Brasil; Gran Cruz de la orden de Boyacá, de Colombia; Comendador de la orden Carlos Manuel de Céspedes, de Cuba, y Gran Cruz de Vasco Núñez de Balboa, de Panamá.

Pero, siendo importantes y numerosos estos reconocimientos, don Alfonso ha servido infinitamente más a México con la obra de su talento y su ingenio, con su cultura humanista que brilla igual y fiel. En don Alfonso, el pensamiento libre y el espíritu universitario encontraron la más alta comprensión y estímulo, no sin

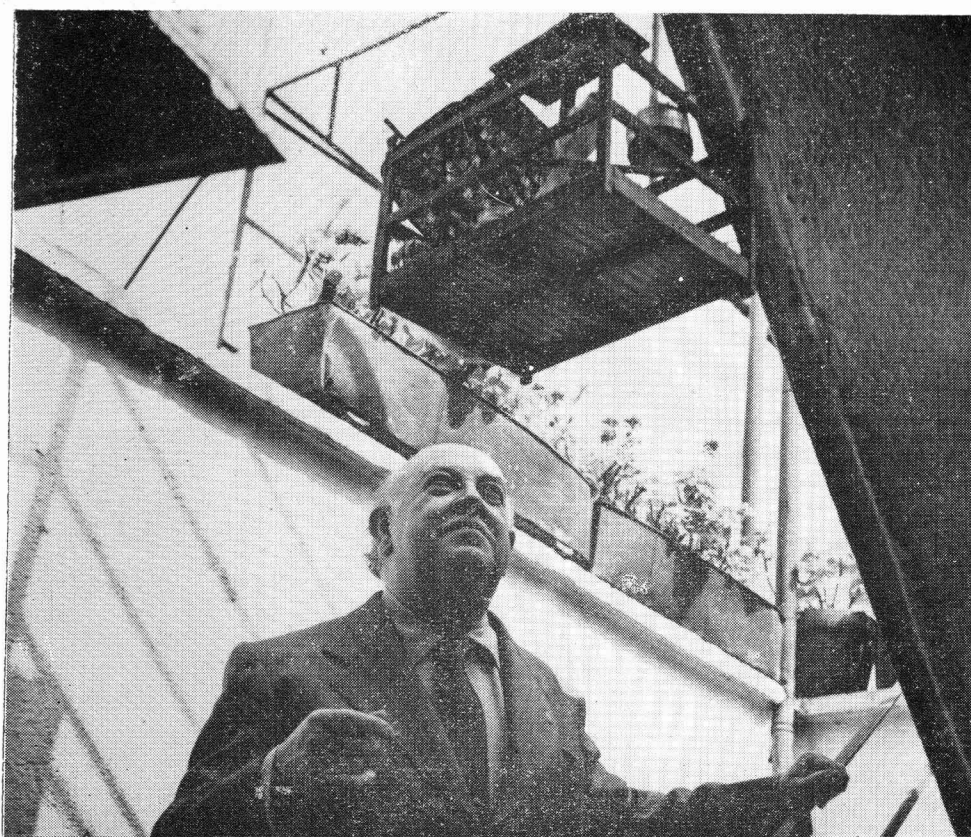
que él, en su profunda tolerancia, sonría indulgente a los excesos de la exaltada juventud. Ahí están los doctorados *honoris causa* de universidades extranjeras: Princeton, La Habana, Harvard, California, Tulane, etc., y de varias universidades Mexicanas.

—En aquellos años, nos dice, la vida social era intensa. Se unía al deber de la representación, el mundano del trato con gentes distinguidas. Ahora, esta vida social ha terminado. Guardo mi tiempo con más celo. Salgo un rato diariamente para menesteres de *El Colegio de México*. Desde 1939 resido aquí de modo estable, fuera de cortos viajes a los Estados Unidos, a la La Habana, a Francia, y a veces descanso en Cuernavaca. Trabajo con entusiasmo, porque cada día aprendo. Sólo mediante el trabajo se adelanta en este aprendizaje inacabable...

Le recordamos que en *El Colegio Na-*



...don Alfonso y Manuelita...



...he servido a mi patria, no a banderías fugaces...

cional sostuvo hasta comienzos de este año su período de conferencias.

—En adelante no será necesario. Hace pocas semanas se acordó la jubilación de los miembros del Colegio con 65 años de edad. La jubilación beneficio a Diego Rivera, Manuel Toussaint, José Vasconcelos, y a mí. Esta no impide que el jubulado ofrezca conferencias en la institución, que dejan de ser obligatorias. Pienso, por mi parte, ofrecer algunas.

Don Alfonso ha renunciado, cada vez más, al mundo exterior. ¡Cuánta distancia media entre los años brillantes de vida social, diplomática y literaria en Madrid, París, Buenos Aires y Río de Janeiro, y estos últimos! Desde que en 1951 sufrió grave dolencia cardíaca, don Alfonso redujo esa actividad.

Los amigos.

—En mi vida he tenido amistades profundas. En México como en Madrid, Pa-

ris, Río de Janeiro y Buenos Aires, los amigos alternaron con las horas de trabajo y con los debates más graves. Discutimos los problemas de la cultura y de las artes. De mis primeros años de letras en México, recuerdo a Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Julio Torri, Martín Luis Guzmán y otros.

Hace una pausa. Como le miramos interrogantes, sonríe.

—Nunca fui político —nos explica—, aunque pertenezco a una familia de notoria posición política. Usted sabe, mi padre, el general Bernardo Reyes era uno de los dos opositores más importantes al grupo científico. Yo me mantuve fuera de la contienda de partidos, pero dispuesto a servir a mi patria. La sirvo sin tregua ni condiciones...

En el servicio de México llegó a París, en julio de 1913, comisionado *ad-honorem* de la Secretaría de Educación Pública y Secretario de Legación. A fines de 1914 se encuentra en Madrid, donde vive de su pluma cinco años. Hacia 1920, retorna al cuerpo diplomático. En total, diez años residió en Madrid. Don Alfonso Reyes se amista con Enrique Díez-Canedo, y trabaja junto a Federico de Onís, Tomás Navarro, Américo Castro y otros más, bajo la dirección de Menéndez Pidal, en la sección de Filología del *Centro de Estudios Históricos*. Su amistad con don Manuel Azaña fué de las más cercanas.

—A Manuel Azaña no se reconocía su verdadero valor literario —nos dice—. En los años 1915-1920 ocupaba su tiempo entre el periodismo, algún cargo burocrático y la secretaría del *Ateneo de Madrid*. Su primer libro fué *Pepita Jiménez de don Juan Valera*. Fui yo quien publicó esta obra. Con Díez-Canedo y Moreno Villa creamos los "Cuadernos Literarios", y allí se dió ese librito a la estampa.

En Hispanoamérica.

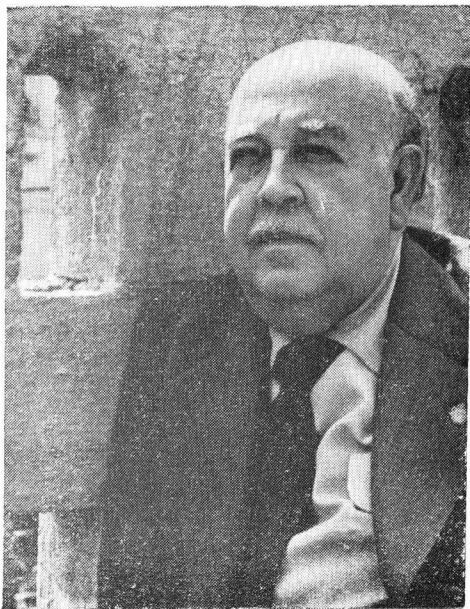
—Algunos de mis buenos amigos hispanoamericanos los hice en París. Es el caso de *Francisco García Calderón*. El hombre más ecuaníme y fino, de juicio más penetrante y lúcido que he conocido. Era Francisco García Calderón tan notable por su equilibrio y finura, que impresionó al más duro de los hombres, Rufino Blanco-Fombona, que manifestó su admiración por este excepcional escritor.

Don Alfonso habla con devoción del escritor peruano. Recuerda sus amables visitas dos veces por semana, las tertulias de sobremesa en las noches del París otoñal. Varios años después, los difíciles momentos de las negociaciones entre Perú y Colombia con la mediación de Brasil. El constante conflicto entre Ventura García Calderón (hermano de Francisco) y la actividad y la perspicacia diplomática del otro delegado, Víctor M. Maurtua.

—Conocí hace muchos años a Víctor Andrés Belaúnde, orador brillante, inteligente. Ahora, he sabido se refugia en la iglesia y continúa su vida oficial.

Le ha dejado huellas muy profundas Río de Janeiro. Edad de oro en la vida del escritor y del diplomático, la riqueza colorista de la bahía, el imponente Pan de Azúcar, la incitación sin desmayos del clima, la vegetación exuberante, la vida que bulle apasionada.

—Río de Janeiro fué para mí, por más de un momento, el paraíso encontrado,



...la obra de su talento y su ingenio...

Edén maravilloso en el que la vida se desbordó pletórica de pasión.

Recuerda con vivo afecto al llorado Ronald de Carvalho, a Manuel Bandeira, a Amoroso Lima y a otros escritores, quienes formaban la avanzada de la literatura brasileña.

Y luego, está Buenos Aires. La ciudad europea, la urbe gigante y cosmopolita en cuyo vientre se fragua la nación argentina. De ella surge una rica y bella literatura, donde acaba la pampa y el gaucho encuentra al ciudadano.

—Jorge Luis Borges —nos dice don Alfonso— es el más alto exponente de las letras hispanoamericanas. Ningún escritor como él, dueño de tan limpio y alto estilo. Su obra es múltiple y erudita.

Entre los amigos argentinos recuerda a Victoria Ocampo, animadora de *Sur*; a Silvina, esposa de Adolfo Bioy Casares, el cual fué descubierto por Borges; y al poeta Ricardo Molinari, María Rosa Oliver, María Rosa Lida, etc. El ya fallecido Amado Alonso, con quien estuviera en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, comenzaba a enseñar filología en Buenos Aires, siendo después gran maestro en la filosofía del lenguaje, con inestimable provecho para las letras hispanas.

Otros recuerdos.

Miramos los retratos de don Alfonso. No existe uno pintado por Diego Rivera. ¿Es que no son amigos?

—Con Diego Rivera guardo antigua amistad, desde sus comienzos en México, desde los días de la *Savia Moderna*, en que se agrupaban Gómez Robelo, Cravio, etc. Diego era amigo del grupo. Una beca del gobernador Dehesa (Veracruz), le permitió trasladarse a París. Pero, en cierto momento, debido a los cambios revolucionarios, cesó la beca. Diego se quedó en difícil situación. Años después José Vasconcelos logró reanudarle la pensión, trasladándose a Italia para que estudiara el Renacimiento y al fin volviera a México. Diego me presentó en París, a Ilia Ehrenburg. De gran imaginación y perspicaz, interrumpía los razonamientos de los contertulios para adelantar las conclusiones que aún no habían sido expuestas por el interesado. Diego ejercía evidente influencia sobre Ehrenburg, cuando éste escribía su *Julio Jureño*...

Diego Rivera es tres años mayor que don Alfonso. En los días de la *Savia Moderna*, éste era el "Benjamín", hasta que ingresó en el grupo Julio Torri, un mes menor que don Alfonso.

Los años de París le traen el recuerdo de la primera esposa del pintor Rivera. Angelina Beloff, finlandesa de origen, pintora excelente que al fin se radicó en México, cuya nacionalidad ha adoptado. Don Alfonso nos muestra grabados, tintas, óleos de esta artista, primera compañera de Rivera en las horas difíciles.

Política y creación.

—Don Alfonso —preguntamos—, ¿Ha sido usted hombre de partido? ¿Ha sido hombre de escuelas literarias, de cenáculos?

El maestro niega con un movimiento de cabeza. Contesta reposado:

—He servido a mi patria, no he servi-

do a banderías de tránsito, fugaces en la vida de los pueblos. Y he procurado hacer lo mejor posible y honrando la investidura que se me otorgó.

Hace una pausa.

—Esto mismo explica mi desapego por filiaciones literarias. Interesado en el estudio, me desintereso de las capillas. Esta conducta es temperamental. Si me la hubiese propuesto racionalmente, no lo hubiera logrado. Mi curiosidad de escritor y estudioso está más allá de esas facciones.

Pero esto no quiere decir que don Alfonso Reyes ignore la política, como no ignora escuelas y modas literarias. Quiere decir que el humanista Alfonso Reyes ha vivido más profundamente; los asuntos y problemas que le ocuparon son de

los calificados esenciales y permanentes.

Hemos privado de dos largas horas a don Alfonso. Nos despedimos. Al salir, nos llama la atención un bello retrato de la señora de Reyes pintado por Portinari, el gran artista brasileño a quien don Alfonso impulsó y ayudó fraternalmente hacia 1923, en Río. En el lienzo central del muro interior de la gran estancia vemos un escudo en bronce. No, no es un escudo, es el ingenuo y bello apunte con que don Alfonso distingue su papel de carta y aún le sirve de *exlibris*. Don Alfonso complace nuestra curiosidad.

—El grabado es una sorpresa que me dió mi esposa. Sí, mandó hacerlo copiado de mi apunte de *Monterrey*, mi Correo Literario.

C E Z A N N E

Por Paul WESTHEIM

C EZANNE es un conocimiento y una enseñanza.

El conocimiento de lo que es la creación artística. La enseñanza de que los medios expresivos de que dispone el pintor: la superficie pictórica, el color, los contrastes colorísticos, son elementos funcionales, que el artista debe aprovechar para construir esa unidad óptica y espacial que es el cuadro. Para Cézanne, como para Giotto, Miguel Angel, El Tintoreto, El Greco, la obra de arte es una vivencia espiritual a que llegamos al través de los sentidos. Para él, como para todos aquellos maestros, la realidad no es el objeto en sí, sino la transmutación del objeto en forma plástica, la transmutación de la percepción óptica en conocimiento espiritual. El hombre es capaz de tal conocimiento gracias a una propiedad que lo distingue de todos los demás seres: su espiritualidad. El medio de que se sirve el artista en aquel proceso de transmutación, es la forma; lo que tiene que decir en lo artístico y en lo espiritual,



Autorretrato



Naturaleza muerta